Ultima página

GLORIA Y DECADENCIA DEL "TEC"

Lo que nació como una promesa y lo que conoció más tarde un esplendor que fue aclamado en todos los teatros nacionales, está entrando en una melancólica decadencia. El Teatro Escuela de Cali llega al ocaso de su gloria. Su apoteósica trayectoria puede explicarse gráficamente en el hecho de que si el TEC llegó a la escena nacional por la puerta ancha de la cultura, ahora sale por la puerta del cochero.

La suntuosidad del aparato técnico, artístico y publicitario deslumbró a los espectadores que vimos en él el surgimiento de un auténtico teatro nacional en ascenso. Pero, según parece, las candilejas del éxito cegaron a sus fundadores y directores. Todo indica que la cadena resonante de éxitos, su prestigio reconocido sin avaricia, resultó a la larga una embriaguez negativa.

Hoy el TEC se desintegra como un mito de papel, y la estela de su tradición en vez de iluminarlo se interpone como una sombra que ya no deja ver su camino. Existe la sensación de que un óxido de pusilanimidad lo carcome, esa enfermedad mortal al espíritu que es el conformismo.

Se podría alegar que su actual crisis deriva del precario o limitado presupuesto. Este hecho es grave, pero no creo que sea la causa definitiva. Pues el TEC fue una gran aventura artística precisamente en su modestia, cuando más que un presupuesto que le garantizara estabilidad, sus engranajes eran movidos por la fuerza de una mística de creación. Incluso, los mismos límites eran potentes estímulos que exigían ser superados por una actividad ferviente, obsesiva, que iba a situarlos en la preeminencia del teatro colombiano. Esa constelación de estrellas y de triunfos que irradiaron la escena nacional, hoy no es más que un cocuyeo de fuegos fatuos.

No creo sinceramente que la crisis del TEC se relacione con el presupuesto. Nadie niega que para hacer teatro se necesita justamente el dinero que sea necesario para hacerlo, máxime cuando se trata de un grupo profesional. Nada justifica que el actor sea un idealista que hace del arte un lujo parasitario. Tampoco que sea un mártir del ideal. Al contrario, el artista debe asumir su arte con dignidad, como una función social remunerada, por aquello que expresó Rimbaud como una ética: "La mano que dirige la pluma vale tanto como la que conduce el arado".

Esta dignidad profesional no debe confundirse con la burocracia del arte. Y me temo que aquí el TEC empieza a confundir la responsabilidad artística con el "deber". O sea, a justificar el valor artístico con el valor del salario. A burocratizarse, en síntesis.

Me duele, y le duele a la cultura que se desintegre una institución que tantas acciones positivas tiene en la formación cultural del pueblo, y en los orígenes de los Festivales de Arte de Cali.

Que aún se pueda estrenar una obra anual como pasó con "Panorama desde el Puente" con motivo del último Festival, no justifica en lo más mínimo la existencia de una agrupación teatral con dos directores, 20 actores profesionales, escenógrafo, luminotécnico, utileros, y recursos económicos. La obra de Miller fue montada y puesta en escena en 20 días, sin ensayo general, y con desastrosos resultados. Valdría la pena preguntar: qué hizo el TEC en el resto del año? No creo que su misión sea recordarnos su existencia cada año. Yo no he dudado de la capacidad humana y artística de esta agrupación caleña. Pero la devoción no nos debe enceguecer, y hay que decir que esa capacidad está hoy eclipsada. En el último año su crisis se ha materializado en una ausencia lamentable de obras concretas.

Yo prefiero su extinción a que continúe en este quietismo parásito y negativo. De su muerte podemos esperar al menos un renacimiento, a ver si son dignos de ellos mismos y de nuestra fe.

En cuanto al estímulo que el TEC prometió y se comprometió a dar a los autores teatrales colombianos, ha sido negativo hasta el infinito. Dos escritores nadaístas hemos ganado los primeros premios nacionales de teatro en los concursos del Festival, en cuya creación y adjudicación el TEC ha tenido acciones ponderables. Más que el dinero que recibimos para las vitaminas de nuestra sopa, nos era imprescindible el estímulo intelectual de que el TEC las llevara a escena para fomentar el fervor por el incipiente género literario. Incluso, yo diría que tenían la obligación moral de representarlas, ya que según creo existe una cláusula condicional a la partida que le adjudicó el Congreso, consistente en que la mitad de las obras que el TEC estrenara deberían ser de autores colombianos. No se, ni me importa, si ellos reciben los 200 mil pesos del Congreso. En todo caso el apoyo al teatro nacional no debería estar condicionado a una exigencia de ley. Tendría que ser, en cambio, una vocación inherente a su condición de artistas y a lo que representan en la cultura colombiana.

Pero su estímulo nunca vino, y los escritores de teatro ante la indiferencia y el desprecio del TEC, nos hemos resbalado en una indiferencia peor. Les cae una culpa grande en las frustraciones y el desaliento de los autores. Tanto es así que el pasado concurso de teatro nacional fue declarado desierto. Lo que prueba que para un artista el dinero es un móvil secundario, y que por encima de él existen compensaciones más esenciales, más "espirituales".

Esta amistosa exigencia no implica que las calidades de nuestras obras fueran perfectas. Era natural y lógico que no lo fueran. Nadie ignora que el teatro surge como un proceso, como un estado de madurez y refinamiento de la cultura. Yo diría que el teatro es la etapa consciente de la poesía, lo cual explica que aún no estemos en la edad del teatro que es una edad de la razón. Pero de todas maneras estamos haciendo lo posible por superar el subdesarrollo cultural que aún está enredado en la telaraña del medioevo y el carrasquillismo mental (verdad, Helena Araújo?). Y da la casualidad de que el porvenir de la literatura teatral estaba en manos de los iniciados, y esa esperanza se frustró por culpa del TEC al negarse a correr la aventura de poner en escena nuestros gateos de dramaturgos en potencia.

Tengo razones para suponer que nuestras obras no eran totalmente despreciables por cuanto tenían el crédito de un jurado competente que las había consagrado a la categoría de primeros premios nacionales. Ni Fany Buitrago ha presumido de Shakespeare, ni yo de Tomás Carrasquilla. Que Dios nos libre de entrar a escena a competir nuestros pesos plumas con las Vacas Sagradas. Pero sí tenemos sobre el maestro chocolatero antioqueño la ventaja de estar vivos, y eso es importante si consideramos que la cultura de un país reside en los vivos, y su inmortalidad en los muertos. Con razón los nadaístas preferimos el fútbol a las obras completas de Shakespeare, empastadas.

En cuanto a mí, tengo casi la certeza de no volver a escribir teatro. No por eso el teatro dejará de existir ni a privarse de ningún Esquilo. Al contrario, no va a perder lo que nunca ganó. Ni siquiera pretendo que mi premio nacional "Susana Santa" se rescate del polvo y reciba un homenaje póstumo. Tres años ya son bastantes siglos para los remordimientos de un escritor. Tanta es mi indiferencia que esos originales yacen olvidados o perdidos en las gavetas del TEC (q.e.p.d.).

Si me doy el placer masoquista de criticar al TEC, es porque lo amo, por la sincera y cálida fraternidad que me une a los artistas de mi generación, con los que he resistido y vencido una feroz adversidad para imponer nuestra presencia en la cultura, y decidir sus destinos con nuestra voz y nuestros actos. Por eso me duelo de su silencio y su quietud. Porque es una claudicación en plena lucha, en el desgarramiento de una Colombia colonial en pugna con una Colombia contemporánea que está naciendo, que ya existe como pasión y voluntad en el espíritu de la nueva generación.

De todos modos no esperen nada del gobierno. El gobierno no está aquí, sino en la "cumbre", pensando en su destino en términos shakesperianos de Ser o no Ser Y no duden, se ahorrará el presupuesto del TEC para equilibrar la balanza de pagos o para comprar una bombita atómica subdesarrollada para matar Efraínes a domicilio y poner a salvo con sus muertes a nuestra moribunda "Desmocracia".

Y como al gobierno no le interesa darle filo al arma de la cultura pues le resultaría fatal, entonces nosotros, sus obreros, no debemos permitir el chantaje de que nos liquiden o silencien porque nos retiran una miserable limosna oficial

La situación del artista es hoy tan simple como dramática: estamos solos, y no debemos esperar nada de nadie sino de nosotros mismos. El arte, en esta Colombia sin jerarquías, no tiene más porvenir que ser revolucionario. Su razón de ser es convertirlo en un poder liberador para enfrentarlo al poder opresor. Y este poder del arte hay que crearlo fuera del gobierno, y mejor aún, contra él.

Cae el telón sobre el "TEC" y ojalá no sea para siempre. Sinceramente:

Gonzalo Arango

En: *Cromos*, agosto 16 de 1965, p.72.